

Movilización social

Miles de personas, la mayoría jóvenes, salen a la calle a protestar contra HidroAysén. ¿Cuántos conocen el proyecto? ¿Tienen idea de cuáles son las opciones reales de generar la energía que alimentará sus iPods, computadores, y los mismos teléfonos que usan para convocar a estas marchas?

Otros protestan contra la situación de la educación superior. ¿Estarán conscientes de que la mayoría de los chilenos, incluyendo a los pobres, paga para que ellos puedan estudiar?

El país mira esto con atención. Y algunos con inquietud.

El Gobierno teme que los conflictos escalen y amenacen la gobernabilidad. La Concertación hace esfuerzos, a veces circenses, para aparecer hoy día empática ante causas que ayer despreció. Lo del blindaje a Bachelet en lo de HidroAysén entra ya en el campo de la psicología.

Aquí y allá tratan de entender

el fenómeno.

Hay quienes han querido ver un descontento generalizado en quienes protestan. Las versiones más extremas y alarmistas lo asimilan a lo que ha pasado en algunos países del Medio Oriente, en que la gente sale a las calles a protestar por su libertad, arriesgando la vida. Nada que ver. Aquí nadie tiene en peligro su libertad.

Otros lo relacionan más a

las protestas en España y otros lugares de Europa. Los indignados, los llaman. Puede ser. Hay algo de desafección con los partidos políticos que ya no los representarían (aunque las recientes elecciones españolas relativizan esta tesis). Y hay también, en el caso de los estudiantes, la defensa de privilegios y beneficios; que allá ven amenazados y aquí quieren simplemente aumentar.

Pero eso no explica lo de HidroAysén. Que las universidades tradicionales usen a los estudiantes para conseguir más recursos, se entiende. Que se pase por alto que los alumnos más modestos, que estudian en Institutos Profesionales o Centros de Formación Técnica, son los que menos ayuda

del Estado reciben y quienes se verían perjudicados si se cede a las demandas de quienes protestan, es parte de la historia de las reivindicaciones sociales. Nunca favorecen a los más pobres. Pero ¿qué explica entonces lo de HidroAysén?

Nuestra condición de país de ingreso medio, alrededor de US\$ 15 mil per cápita, con una ciudadanía crecientemente globalizada a través de las comunicaciones, explica que la gente sea hoy mucho más exigente. En el mundo 2.0, los jóvenes exigen respuestas *on line* a sus demandas. Quieren resultados después de un *click*. Ponen así en jaque a las empresas y a los gobiernos. Tenemos aspiraciones de país desarrollado e

ingresos de país en vías de desarrollo.

Vivimos una suerte de desintermediación; de la política, del mercado, de los medios de comunicación, que encuentra en las redes sociales su mejor aliado para "saltarse" a los intermediarios tradicionales. Y allí están estos ciudadanos, empoderados, exigiendo. Y como hay entre los jóvenes una mayor preocupación por la naturaleza y muchos quisieran estar paseando en el sur en lugar de estudiando o trabajando en Santiago, hay que protestar.

La juventud está contra de HidroAysén por *default*. Eso los congrega, los identifica frente a sus mayores, que no se preocupan

del medioambiente.

Aunque HidroAysén sea la alternativa energética más amigable con el medioambiente que tiene Chile hoy. Eso no importa, porque este empoderamiento ciudadano puede ser desinformado, puede darse el lujo de ser ignorante incluso; total, eso no tiene costo. En la calle lo que vale es el grito, no la razón. Lo que prevalece es la piedra, no el argumento.

Y hay también una suerte de vértigo en las movilizaciones sociales, una sensación de poder un poco irresponsable, y eso es lo que enfrenta hoy el gobierno. Si deja que crezca, lo va a pasar muy mal. Uno tras otro saldrán a la calle a pedir. Por otra parte, debe dosificar la manera en que enfrenta el conflicto. No se trata de apagar el fuego con bencina.

Pero debe apagarlo; de lo contrario, la fila de los que esperan su turno será larga. Total, el que no llora no mama y el que no afana es un gil, dice el tango. ■



EN LA CALLE LO QUE VALE ES EL GRITO, NO LA RAZÓN. LO QUE PREVALECE ES LA
PIEDRA, NO EL ARGUMENTO.

LUIS LARRAÍN